

Gerald Durrell

Filetes de lenguado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Fillets of Plaice*
Traducción: Marta Sánchez Martín

Primera edición: 1994
Tercera edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 1971 by Gerald Durrell
© de la traducción: Herederos de Marta Sánchez Martín
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-568-3
Depósito legal: M. 25.701-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 El nacimiento de un título
- 16 La fiesta de cumpleaños
- 82 Un traslado de tortugas de agua dulce
- 130 Una cuestión de ascenso
- 191 Una cuestión de títulos
- 215 Ursula

*Este libro es para mi hermano Larry,
que siempre me ha animado a escribir y ha
disfrutado más que nadie con mis éxitos.*

Ese niño está loco, ¡caracoles en los bolsillos!
(LAWRENCE DURRELL, hacia 1931)

*Ese niño está loco, ¡escorpiones
en cajas de cerillas!*
(LAWRENCE DURRELL, hacia 1935)

*Ese chaval está loco, ¡quiere ser
guardián de zoo!*
(LAWRENCE DURRELL, hacia 1945)

*Ese hombre está loco, ¡se arrastra
por junglas infestadas de serpientes!*
(LAWRENCE DURRELL, hacia 1952)

Ese hombre está loco, ¡quiere tener un zoo!
(LAWRENCE DURRELL, hacia 1958)

*Ese hombre está loco, ¡lo invitas a cenar
y te mete un águila en la bodega!*
(LAWRENCE DURRELL, hacia 1967)

Ese hombre está loco.
(LAWRENCE DURRELL, hacia 1972)

El nacimiento de un título

Era un día claro, azul y sofocante, de esos que sólo pueden darse en Grecia. Las cigarras cantaban en los olivos y el mar era un reflejo oscuro y móvil del azul del cielo. Acabábamos de terminar una comida larga y pausada bajo los rugosos y retorcidos olivos que crecían casi hasta el borde del mar en una de las playas más bonitas de Corfú. Las mujeres habían bajado a bañarse y nos habían dejado solos a Larry y a mí. Nos quedamos allí tumbados indolentemente, pasándonos una enorme botella, recubierta de mimbre, de una retsina que parecía trementina. Bebíamos y meditábamos en silencio. El que crea que cuando dos escritores están juntos se dedican de lleno a intercambiar frases ingeniosas y agudas chanzas se equivoca lamentablemente.

—Es buena esta retsina —dijo Larry por fin, llenando su vaso cuidadosamente—, ¿de dónde la has sacado?

—Se la compré a un hombrecillo que tiene una tienda en una de esas callejas que salen de la plaza en San Spiridion. Es buena, ¿verdad?

–Muy buena –dijo Larry levantando hacia la luz el vaso que brilló con un pálido resplandor de oro viejo–. La última botella que compré en la ciudad sabía a orina de mula, y probablemente lo era.

–Voy a volver por allí mañana –dije–, si quieres te traigo una garrafa.

–Mmmm –dijo Larry–, tráeme dos.

Exhaustos por el intercambio intelectual, llenamos los vasos y nos sumergimos de nuevo en el silencio. Las hormigas estaban husmeando en los restos de nuestra comida. Unas eran negras, delgadas y hacendosas; otras rojas, gordas y patilargas, con el trasero levantado como un arma antiaérea. Sobre la corteza del olivo en el que yo me apoyaba, unas extrañas larvas corrían en tropel. Minúsculas criaturas peludas que parecían osos polares deformes y notablemente sucios.

–¿En qué estás trabajando ahora? –me preguntó Larry.

Le miré sorprendido. Teníamos una ley implícita en virtud de la cual no discutíamos jamás uno con otro acerca de lo que llamábamos «Nuestro Arte», por miedo a caer en la discordia o en el vulgar insulto.

–Por el momento no estoy trabajando en nada, pero tengo una vaga idea de algo. En realidad, la idea me ha surgido leyendo *El alma del lugar*.

Larry dio un bufido burlón. *El alma del lugar* era una recopilación de cartas a sus amigos, esmeradamente recogidas y editadas por nuestro viejo amigo Alan Thomas.

–Me sorprende que eso haya podido darte alguna idea –dijo Larry.

–Pues sí, ya ves. He pensado en hacer una especie de recopilación. Tengo mucho material que no he podido

meter en ninguna obra, y se me ha ocurrido juntarlo y hacer un libro con él.

–No es mala idea –dijo Larry, sirviéndose otro vaso de retsina–, no hay que desaprovechar nunca el buen material.

Levantó el vaso hacia la luz y admiró el color. Después me miró con un destello malicioso en los ojos.

–Te diré una cosa –dijo–, puedes llamarlo «filetes de lenguado»¹.

Y eso es exactamente lo que he hecho.

1. En inglés el título del libro de Larry es «*Spirit of Place*», y el título que Larry le sugiere a su hermano es «*Fillets of Plaice*», jugando así con el idéntico sonido que *place* y *plaice* tienen en inglés. Es obvio que este juego fonético se pierde en castellano. (*N. de la T.*)

La fiesta de cumpleaños

Había sido un larguísimo y cálido verano, incluso para Corfú. Durante varios meses no había llovido ni una gota, y del alba al ocaso el sol brillaba sobre la isla desde un cielo azul purísimo. Todo estaba reseco y sediento y el calor era intenso. Había sido un verano bastante agotador para nosotros. Larry, con la generosidad que le caracterizaba, había invitado a un numeroso grupo de sus amigos artistas, y llegaron en tales oleadas que mamá se vio obligada a echar mano de dos criadas extra y a pasar la mayor parte del tiempo en nuestra enorme y lóbrega cocina subterránea, yendo de un hornillo a otro para hacer comida suficiente y poder así mantener contento y bien alimentado a aquel ejército de artistas, poetas y escritores de teatro. Ahora acabábamos de ver marcharse al último de ellos y estábamos toda la familia descansando en la terraza, mientras sorbíamos té helado y mirábamos al mar todavía azul.

–Bueno, gracias a Dios que se acabó –dijo mamá, sorbiendo su té y ajustándose las gafas–. Larry, no sabes

cómo me gustaría que no invitaras a tanta gente. Ha sido verdaderamente agotador.

–Si te hubieras organizado como Dios manda no habría sido agotador –dijo Larry–, al fin y al cabo todos te querían ayudar.

Mamá le miró furiosa.

–¿Te imaginas a toda esa multitud *ayudando* en mi cocina? Bastante he tenido ya con soportarlos allí a las horas de comer pisándome los talones. No, ya está bien, quiero terminar el verano en paz. No tengo ganas de hacer nada. Estoy absolutamente exhausta.

–Bueno, mamá, nadie te está pidiendo que hagas nada –dijo Larry.

–¿Estás seguro de que no has invitado a nadie más? –preguntó mamá.

–Que yo recuerde, a nadie más –dijo Larry sin darle importancia.

–Bueno, pues si viene alguien puede perfectamente quedarse en un hotel –dijo mamá–, ya he tenido bastante.

–No sé por qué te pones así –dijo Larry, dolido–, creí que eran una gente encantadora.

–*Tú* no tuviste que hacerles la comida –dijo mamá–, no tengo ganas de volver a ver esa cocina en mi vida. Me gustaría irme a algún sitio y alejarme de todo esto.

–Es una idea estupenda –dijo Larry.

–¿Cuál? –preguntó mamá.

–La de alejarse de aquí.

–¿Y adónde? –preguntó mamá con recelo.

–Bueno, pues, por ejemplo, podríamos hacer un viaje en barco a tierra firme –sugirió Larry.

–¡Caramba, eso sí que es una idea! –dijo Leslie.

–¡Y tan buena! –dijo Margo–. ¡Vamos a hacer eso, mamá! Ya está, podemos ir allí a celebrar tu cumpleaños.

–Bueno –dijo mamá sin convicción–, no lo veo muy claro. ¿A qué parte de tierra firme?

–A ninguna en especial –dijo Larry alegremente–, alquilamos el barco y vamos a lo largo de la costa, parándonos donde nos apetezca. Podemos llevarnos comida para dos o tres días y flotar sin rumbo fijo, pasárnoslo bien y relajarnos.

–Bueno, eso *suen*a muy bien –dijo mamá–, supongo que Spiro podrá arreglar lo del barco.

–Sí, claro –dijo Leslie–. Spiro se encargará de eso.

–Por lo menos será un cambio, ¿no? –dijo mamá.

–No hay nada como el aire del mar para el cansancio –dijo Larry–. Te espabila increíblemente. Y quizá podamos invitar a alguien para que nos anime un poco y nos alegre la vida.

–Se acabó la gente por ahora –dijo mamá.

–Bueno, no me refería a gente nueva –explicó Larry–, decía Teodoro, por ejemplo.

–Teodoro no querrá venir –dijo Margo–, se mareará en barco.

–A lo mejor sí que quiere –dijo Larry–, y además están Donald y Max.

Mamá empezó a ablandarse. Donald y Max le gustaban mucho.

–Bueno..., supongo que *ellos* sí pueden venir –dijo.

–Y a Sven, que habrá vuelto por entonces, seguro que le gustará venir también –dijo Larry.

–Sven tampoco me molesta –dijo mamá–, me gusta Sven.

–Y yo puedo invitar a Mactavish –dijo Leslie.

–Dios mío, ese hombre tan horrible, no –dijo Larry despectivo.

–No sé por qué le llamas hombre horrible –dijo Leslie ofendido–, si nosotros tenemos que aguantar a tus horribles amigos, no sé por qué no vas a aguantar tú a los míos.

–Ya está bien, hijos –dijo mamá con paciencia–, no discutáis, si queréis que venga Mactavish, le invitaremos; pero realmente, Leslie, no sé qué es lo que le has visto a ese hombre.

–Es un tirador de primera –dijo Leslie, como si eso fuera suficiente explicación.

–Y yo puedo invitar a Leonora –dijo Margo muy excitada.

–¡Basta ya! ¿Por qué no os calláis todos? –dijo mamá–. Si seguís así vais a hundir el barco con tanta gente. Creí que precisamente se trataba de alejarnos de la gente.

–Pero es que no son *gente* –dijo Larry–, son amigos. Hay una diferencia abismal.

–Bueno, así queda y ni uno más –dijo mamá–. Si tengo que hacer comida para tres días, creo que ya hay gente de sobra.

–Cuando venga Spiro le diré lo del barco –dijo Leslie.

–¿Y si nos llevásemos la nevera? –propuso Larry.

Mamá volvió a ponerse las gafas y le miró.

–¿Llevarnos la nevera? –preguntó–, ¿estás hablando en serio?

–Completamente en serio –dijo Larry–, necesitaremos bebidas frías, mantequilla, en fin, esas cosas.

–Pero Larry, hijo mío –dijo mamá–, no seas *absurdo*. Sabes de sobra el desbarajuste que supuso meterla en casa. No hay quien la mueva.

–No veo por qué no –dijo Larry–, si nos empeñamos en ello es perfectamente posible.

–Lo cual suele querer decir –dijo Leslie– que tú das órdenes y los demás a trabajar.

–No digas tonterías –dijo Larry–, si es facilísimo. Si pudo entrar en casa, no sé por qué no va a poder salir.

La nevera de la que estaban hablando era la alegría y el orgullo de mamá. Por aquella época, en Corfú, ninguna de las villas de los alrededores podía jactarse de tener electricidad y, caso de haberse inventado algo parecido a una nevera de queroseno, no había llegado hasta Corfú. Mamá, después de considerar que era antihigiénico vivir sin una nevera, había hecho un proyecto bastante confuso de una, basándose en las que ella había visto en la India cuando era pequeña. Le había dado el plano a Spiro y le había preguntado si creía posible hacer algo parecido a aquello.

Spiro lo había mirado, frunciendo el ceño y había dicho:

«Déjelo de mi cuenta, señora Durrell»¹.

Y se había marchado parruleando a la ciudad.

Al cabo de dos semanas, una mañana, de repente, se vio llegar por el camino un gran carro tirado por cuatro caballos con seis hombres al pescante. En la trasera del carro

1. En el original, Spiro, por ser griego, habla siempre con un particular defecto de pronunciación, que debe ser común a los griegos que intenten hablar inglés. Dado que el griego tiene una fonética prácticamente idéntica a la del castellano, es de suponer que un griego al hablar nuestra lengua no incurriría en ningún error fonético específico. Por ello, encuentro tan imposible como irrelevante hallar una correspondencia fonética en castellano a la particular forma de hablar de Spiro. (*N. de la T.*)

venía una nevera gigantesca. Medía seis pies de largo, cuatro de ancho y cuatro de alto. Y estaba hecha de gruesos tablones recubiertos de zinc y rellena de serrín entre el zinc y la madera. A pesar de lo fornidos que eran, a los seis hombres les llevó toda la mañana meterla en la despensa. Finalmente hubo que quitar las cristaleras del salón y meterla por allí. Una vez instalada, todo se empequeñeció a su lado. Spiro traía periódicamente de la ciudad, para alimentarla, gruesas y largas barras de hielo chorreante. Así podíamos tener mantequilla, leche y huevos frescos durante un período de tiempo considerablemente largo.

—No —dijo mamá, tajante—, no pienso mover la nevera. Aparte de todo, se le podría echar a perder el mecanismo.

—No tiene mecanismo alguno —puntualizó Larry.

—Bueno, pues se podría estropear —dijo mamá—. Está decidido. No se moverá de su sitio. Podemos llevar hielo en cantidad y meterlo en bolsas o algo por el estilo para que se conserve.

Larry no dijo nada, pero noté el destello de sus ojos.

Como era el cumpleaños de mamá lo que íbamos a celebrar, y siendo en pleno océano como iba a ser, estábamos todos ocupados en buscar regalos para ella. Después de darle algunas vueltas, yo había decidido regalarle un cazamariposas, ya que se interesaba tanto por mi colección. Margo le compró un corte de vestido que más bien quería para sí misma. Larry le compró un libro que él tenía ganas de leer, y Leslie un pequeño revólver con las cachas de nácar. Según la versión que él me dio, eso la haría sentirse segura cuando la dejáramos sola en casa. Pero como el cuarto de Leslie era ya un arsenal atiborrado de pistolas de varias formas y tamaños, ninguna de las cuales mamá sabía

manejar, la elección de aquel regalo me pareció un tanto curiosa; pero no dije nada.

Los planes para nuestra gran aventura siguieron adelante. Se encargaron las cosas, se preparó la comida y se avisó a Sven, Donald, Max, Leonora y Mactavish. Teodoro, como habíamos supuesto, dijo al principio que no podía venir, por lo propenso que era al mareo; pero cuando le dijimos que a lo largo de la costa se encontraban varias pequeñas rías e interesantes viveros donde podía uno pararse, cambió de idea. La tentación de explorarlos le hizo ceder, aun a riesgo de marearse, ya que la biología de agua dulce era su pasión.

Habíamos quedado en que el barco viniera hasta casa para que lo cargáramos allí y que luego volviera a la ciudad, hasta donde lo seguiríamos en coche, recogiendo de paso a todos los demás invitados, para zarpar finalmente desde allí.

La mañana en que había quedado en venir el barco, mamá y Margo habían ido con Spiro a la ciudad para hacer unas compras de última hora. Yo estaba arriba, metiendo en alcohol una culebra muerta, cuando oí un insólito estruendo de golpes en el piso de abajo. Corrí escaleras abajo preguntándome de qué diablos podría tratarse. El ruido parecía provenir de la despensa; y cuando entré allí me encontré con seis fornidos mozos que, dirigidos por Larry y Leslie, estaban intentando mover la monstruosa nevera. Habían conseguido desplazarla un trecho considerable, no sin haber descascarillado media pared, y a Yani se le había caído encima uno de los extremos y andaba cojeando de un lado para otro con un pañuelo manchado de sangre atado al pie.

–¿Pero qué demonios estáis haciendo? –pregunté–. ¿No habéis oído que mamá no quiere que se mueva?

–Mejor será que te calles y que no te metas –dijo Leslie–. Está todo bien previsto.

–¡Que te largues! –dijo Larry–. Lárgate, anda, y no vuelvas a aparecer. ¿Por qué no bajas al embarcadero a mirar si llega el barco?

Los dejé allí sudando y cargando con la nevera gigante y bajé por la colina, cruzando la carretera, hasta nuestro embarcadero. Desde él me puse a mirar ansioso hacia Corfú y vi que de allí venía una motora, dirigiéndose sin lugar a dudas hacia la costa. La seguí mirando a medida que se aproximaba más y más y me extrañó que no se acercase a la orilla al llegar a la altura de nuestro embarcadero. Parecía bastante evidente que iba a pasar de largo. Pensé que Spiro no le habría dado bien las instrucciones. Me puse a dar saltos en la punta del embarcadero, al tiempo que gritaba y agitaba los brazos, y por fin logré llamar la atención del hombre de la motora.

Viró con suavidad y puso proa hacia el embarcadero, luego echó el ancla y dejó que la proa chocase levemente contra los tablones.

–Buenos días –dije–. ¿Es usted Taki?

Era un hombrecillo gordo, moreno y con unos ojos pálidos y dorados de color crisantemo. Sacudió la cabeza.

–No –dijo–, soy el primo de Taki.

–Ah, bueno –dije–, da igual. No tardarán nada. Están bajando la nevera.

–¿La nevera? –preguntó.

–Sí, la nevera. Es más bien grande –dije–; pero creo que cabrá ahí dentro.

–Bueno –dijo con resignación.

En aquel instante, apareció en la cumbre de la colina el grupo sudoroso y jadeante de los mozos que, sin dejar de discutir, acarrearaban la nevera con Larry y Leslie danzando a su alrededor. Parecían un grupo de escarabajos pe-loteros borrachos transportando una monstruosa bola de estiércol. Avanzaban despacio por el camino, tropezándose, resbalando y casi cayéndose; en un determinado momento estuvo a punto de írseles de las manos la nevera, que habría rodado colina abajo; pero finalmente, tras descansar un rato, lograron llegar hasta nosotros.

El embarcadero estaba construido con planchas de madera curtida y los pilares eran de ciprés. Era un embarcadero bastante resistente para sus dimensiones; pero muy baqueteado por el largo uso. Además no estaba pensado para soportar neveras de aquel calibre, así que cuando el jadeante y sudoroso enjambre de mozos se encontraba justo en la mitad, se oyó un estruendoso crujido y tanto ellos como la nevera cayeron al mar.

–¡Desgraciados! –gritó Larry–. ¿Qué habéis hecho, malditos desgraciados? ¿Cómo no habéis mirado por dónde pisabais?

–Ellos no tienen la culpa –dijo Leslie–. Han cedido las planchas.

Yani había caído de tan mala manera que la nevera le había pillado debajo los pies, menos mal que el fondo era muy arenoso en aquel punto, con lo cual las piernas se le hundieron en aquella suave base, en vez de rompersele.

A base de esfuerzos considerables y tras mucho gritar y alborotar, consiguieron subir nuevamente la nevera al

embarcadero, y aprovechando como rodillos los troncos de ciprés que se habían roto con el boquete, la condujeron rodando, con gran fatiga y sofoco, a bordo de la motora.

–Ponedla ahí –dijo Larry–. Ya os lo decía yo, ¿veis lo fácil que era? Ya está; ahora tú, Gerry, quédate aquí, que nosotros volvemos a casa para traer lo que queda.

Los mozos subieron la colina con Larry y Leslie, riéndose triunfantes, a buscar el resto del equipaje. Yo, como me estaba fijando en ellos, no le prestaba mucha atención a la motora. Pero de repente oí un traqueteo, me di la vuelta y me encontré con que el hombre había separado el barco un buen trecho y en aquel momento estaba colocando el ancla sobre cubierta.

–¡Eh! –grité–. ¿Pero qué está usted haciendo?

–Levando el ancla –dijo.

Parecía ser un tipo bastante literal.

–¿Pero adónde va? –pregunté.

–A Gouvia –dijo, al tiempo que ponía el motor en marcha.

–Pero no puede ir a Gouvia –grité–, no puede hacer eso. Tiene que llevarnos a tierra firme. ¡Y además tiene usted nuestra nevera!

Pero el ruido del motor era demasiado fuerte y de todos modos, caso de que me hubiera oído, me ignoró.

Viró la proa hacia el mar y se largó traqueteando a lo largo de la costa. Yo le miraba consternado. ¿Qué demonios íbamos a hacer ahora?

Salté por encima del boquete del embarcadero y me planté en la carretera. Tenía que subir a casa cuanto antes para contarle a Larry lo que había pasado. En ese preciso